

## ITINERARIO PALABRA

PROF. José Luis Albares Martín

Profesor titular del Centro Universitario Cardenal Cisneros,  
Alcalá de Henares (Madrid)

### Introducción

Se cumplirá este año el 60.º aniversario de la promulgación por el Concilio Vaticano II de la constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum* (18 de noviembre de 1965), que supuso una profunda relectura y renovación del concepto clásico de revelación en la Iglesia<sup>1</sup>. Para organizar nuestra reflexión en este ITINERARIO PALABRA del *Congreso de Vocaciones*, quisiera combinar algunas de las geniales afirmaciones de la constitución con uno de los textos bíblicos vocacionales por excelencia.

En efecto, el proemio de la *Dei Verbum* esquematiza el contenido de la constitución de esta manera (DV 1): «El Santo Concilio... se propone exponer la doctrina genuina sobre la **divina revelación** y sobre **su transmisión**»<sup>2</sup>. El texto bíblico al que hacía referencia es de todos conocido: *Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar* (Mc 3,13-14).

Ambos textos, pues, guiarán nuestra mañana. Siguiendo el guion evangélico, podemos dedicar un primer momento a pensar el «estar con Jesús», lo que nos permitirá desentrañar el concepto de «revelación». En segundo lugar, el «envío para predicar» nos facilitará una breve comprensión de la «transmisión de la revelación». Y, por último, prestar atención a la «llamada» nos brindará la oportunidad de delinear un perfil bíblico integral de la vocación.

**Para que estuvieran con él (Mc 3,14a):  
LA REVELACIÓN**

El primer y principal objetivo que habría de cumplir el grupo de discípulos elegido por Jesús consiste en estar con él. Parece evidente que no se trata de algo puramente pragmático, sino de compañía y convivencia. Para aquellos doce, estar con Jesús significará conversar con él, vivir con él, estar como amigos en permanente unión, compartir tiempo y experiencias.

Pues bien: ese es precisamente el entrañable concepto y la gozosa finalidad de la revelación que nos ofrece la *Dei Verbum*:

<sup>1</sup> Para una sencilla semblanza del largo camino recorrido hasta llegar a la definitiva redacción y aprobación de la constitución, cf. S. PIÉ I NINOT, «Constitución dogmática sobre la divina revelación. Introducción», en CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Concilio Ecuménico Vaticano II* (BAC, Madrid 2000<sup>2</sup>) 172-177; cf. también M. GELABERT BALLESTER, «Palabra de Dios en palabras humanas», *Teología espiritual* 66-190 (Julio-Diciembre 2022) 355-381.

<sup>2</sup> Son precisamente los títulos de los dos primeros capítulos de la constitución: I. Naturaleza de la revelación; II. Transmisión de la revelación divina; III. Inspiración divina e interpretación de la Sagrada Escritura; IV. El Antiguo Testamento; V. El Nuevo Testamento; VI. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia. Todos estos contenidos quedarán estructurados en los números 50-133 del *Catecismo de la Iglesia Católica* (11-octubre-1992) y en la exhortación apostólica postsinodal de Benedicto XVI, *Verbum Domini* (30-septiembre-2010).

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad... Por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como **amigos**, movido por su gran **amor**, y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía (DV 2).

El cristianismo, como todas las religiones, se considera a sí mismo revelado. Pero es conveniente desde un comienzo precisar bien a qué nos estamos refiriendo cuando decimos «revelación»:

- No se trata de un dictado divino realizado esotéricamente a una persona distinguida, un líder, un médium, un iluminado: *Desde el comienzo no he hablado en el secreto* (Is 38,16); *no te hablé a escondidas, en un país tenebroso, no dije a la estirpe de Jacob: «Buscadme en el vacío»* (Is 45,19)<sup>3</sup>.

- No consiste en un mensaje incomprensible o imposible, como si fuera un listado de complejas verdades divinas que hay que creer: *Este precepto que yo te mando hoy no excede tus fuerzas, ni es inalcanzable. No está en el cielo... Ni está más allá del mar... El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca* (Dt 30,11-14).

Volvamos al texto de la *Dei Verbum*. Como hemos leído, el concilio describe la revelación de manera dinámica, en términos de *diálogo amistoso*<sup>4</sup>. Dios decide revelarse; lo hace hablando a la humanidad; lo hace adoptando el lenguaje humano de la amistad<sup>5</sup>. Así pues, la palabra «vocante» de Dios está en el centro de la revelación. Nuestro Dios es «el Dios que habla», construyendo así una relación dialogal con nosotros<sup>6</sup>.

En consecuencia,

Todo lo que la Iglesia es y todo lo que la Iglesia hace encuentra su fundamento último en el hecho de que Dios, en su bondad y sabiduría, quiso revelar el misterio de su voluntad comunicándose a los hombres<sup>7</sup>.

En realidad, aquí radica la insondable grandeza de la revelación de Dios, pero, también, el gran inconveniente que se presenta como dificultad para muchos creyentes.

<sup>3</sup> Es el concepto islámico del Corán *munzal*, «descendido»: revelado personal y misteriosamente a Mahoma y después transmitido por él a lo largo de su vida. Es también la idea que hay detrás de la ‘revelación’ del *Libro de Mormón* a Joseph Smith. Sin embargo, «la novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros» (VD 6); cf., además, CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Instrucción pastoral «Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II»* (Madrid, 2006), n.º 7-10.

<sup>4</sup> Para entender el concepto teológico de diálogo, pueden valer como primera noción las sabias reflexiones de SAN PABLO VI en la tercera parte de su primera encíclica, *Ecclesiam Suam* (6 de agosto de 1964), especialmente en el n.º 36. Desde una perspectiva más fenomenológica, FRANCISCO ofrece sus pensamientos al respecto en el capítulo sexto de la encíclica *Fratelli Tutti* (3 de octubre de 2020), sobre todo en el n.º 198.

<sup>5</sup> El *Documento final* de la XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE OBISPOS: «*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*» (octubre de 2024), enumera hasta nueve lugares en los que podemos escuchar la voz de Dios: la liturgia, la Tradición, el Magisterio, la meditación personal y comunitaria de la Escritura, las prácticas de piedad popular, el clamor de los pobres, los acontecimientos de la historia humana, los elementos de la creación, la conciencia personal de cada uno (n.º 83). Es la «analogía de la Palabra de Dios» de la que habla VD 7

<sup>6</sup> El gran maestro biblista Luis Alonso Schökel, SJ (1920-1998) solía recordar que el credo no ofrece explícitamente ningún artículo de fe sobre la Biblia, pero que el credo niceno-constantinopolitano sí que afirma que el Espíritu Santo «habló por los profetas».

<sup>7</sup> PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis* (EDICE, Madrid 2023) n.º 11. «La Iglesia existe para testimoniar al mundo el acontecimiento decisivo de la historia: la resurrección de Jesús»: *Documento final*, 14.

En primer lugar, porque esa es, de manera dinámica, la definición de «revelación»: Dios que quiere comunicar[se]. Y, en segundo lugar, porque el hecho de creer, conocer y vivir la fe, identificar la propia vocación y vivir según ella, sentir con la Iglesia, hacer realidad la vida cristiana en el mundo... consiste en tomar conciencia personal de este diálogo de la revelación: «soy amado-llamado, por eso existo»<sup>8</sup>. Ser cristiano no consiste esencialmente en conocer cosas (un catecismo), cumplir actos (prácticas de piedad) o disfrutar unas determinadas circunstancias existenciales (haber ido a un colegio religioso, tener un tío cura, ser amigo de unas monjas, vivir al lado de un hermano cofrade). Ser cristiano consiste en entrar en diálogo y comunión con el Dios-Trinidad, algo que solo es posible hacer realmente efectivo por Cristo, con él y en él.

*Para enviarlos a predicar (Mc 3,14b):*  
**LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN**

En la entraña misma de la revelación cristiana está el hecho de que debe transmitirse. Si el diálogo que Dios entabla con los hombres es, como ha quedado dicho, un diálogo de amistad, de amor, es evidente que no podía quedar circunscrito a unos pocos privilegiados, iluminados. Podríamos parafrasear el adagio clásico de moral («bonum est diffusivum sui») para afirmar que el amor de Dios, por su propia naturaleza, es expansivo, se propaga y agranda («*amor est diffusivum sui*»: el amor se difunde por sí mismo, lleva en su entraña el expandirse). El concilio lo expresa en su *Dei Verbum* de esta manera:

Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones (DV 7a).

La Iglesia, al escuchar y recibir la revelación, siente el deber de transmitirla universalmente y de sostener la consecuente respuesta de fe. Sin duda, el mandato de evangelizar *a todos los pueblos* (Mt 28,19), *a toda la creación* (Mc 16,15), *hasta el confín de la tierra* (Hch 1,8), es su misión esencial. «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (EN 14).

De nuevo, la belicosa noción de «revelación» como diálogo. Evangelizar no es, en primer lugar, llevar una doctrina, sino, ante todo, hacer presente y anunciar a Jesucristo, de quien se tiene experiencia como Resucitado y Señor. La misión evangelizadora de la Iglesia es la mejor expresión de la economía de la Revelación. En efecto, el Hijo de Dios se encarna, entra en la historia y se hace hombre entre los hombres. La evangelización hace concreta esta presencia perenne de Cristo, para que, quienes se acercan a la Iglesia, puedan encontrar en su persona el camino para *salvar su vida* (Mt 16,25)<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Del 'Pienso luego existo' al 'Soy llamado, por eso vivo'* (documento de trabajo preparatorio del Congreso de las Vocaciones 2025), páginas 15, 17, 32.

<sup>9</sup> La evangelización tiene como objetivo último la plenitud de la vida humana. El Occidente cristiano, al presentar esta misión de la Iglesia, ha utilizado la categoría de «salvación», mientras que el Oriente cristiano ha preferido hablar de «divinización»: cf. *Directorio para la catequesis*, 30; *Del 'Pienso luego existo' al 'Soy llamado, por eso vivo'*, nota 5 de las páginas 20-21.

Y aquí es donde empiezan a perfilarse las vocaciones en la Iglesia. Somos, efectivamente, la «asamblea de amados-llamados»<sup>10</sup>. Nos dice la Dei Verbum que la Palabra de Dios revelada se ha transmitido según diversas vías:

Cristo el Señor... mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio... Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la **predicación oral** comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, **escribieron el mensaje de la salvación** (DV 7a).

Mas para que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los Apóstoles dejaron como sucesores suyos a los Obispos, entregándoles su propio cargo del **magisterio** (DV 7b).

Es evidente, por tanto, que la **Sagrada Tradición**, la **Sagrada Escritura** y el **Magisterio de la Iglesia**, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas (DV 10c).

Este divino triángulo que interviene en la transmisión de la revelación –*Sagrada Tradición, Sagrada Escritura y Magisterio*– nos invita ya a tomar conciencia de nuestra triple vocación como llamados y, al mismo tiempo, de nuestra posible opción en la misión de la Iglesia:

1. La *Sagrada Escritura* es la Palabra de Dios en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. Pero no es un pergamino reseco en una vitrina de museo: la Escritura necesita **profetas** que la prediquen y anuncien.
2. La *Tradición* recibe la Palabra de Dios y la transmite íntegra a las nuevas generaciones, incluso si llega el caso con la palabra. Esta tarea requiere **testigos** que hayan vivido y experimentado la Palabra que testimonian.
3. El *Magisterio* cumple con el oficio de custodiar el depósito de la fe y de interpretarlo de una manera adecuada y renovada en cada generación. Esta tarea demanda **maestros** que ofrezcan a sus hermanos la luz de la Palabra de Dios.

### *Jesús llamó a los que quiso (Mc 3,13b)*

Dios llama, Jesús llama. De eso trata la Escritura: toda la Palabra de Dios es «vo-cante». Por tanto, podemos acercarnos a la Escritura para observar más de cerca qué detalles podemos encontrar en torno a la vocación.

Como saben, hay en la Escritura innumerables narraciones de llamada, hasta el punto de que se puede hablar de una especie de «género literario»: relatos de vocación<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Resuena el eco de las emocionadas palabras que escribe PAUL CLAUDEL a raíz de su conversión en la catedral de Notre-Dame, la víspera de Navidad de 1886: «Fue entonces cuando se produjo el acontecimiento que domina toda mi vida... ¡Es cierto! Dios existe, está allí. Es Alguien, es un ser tan personal como yo mismo. Él me ama, él me llama. Me vi embargado de lágrimas y sollozos, y el cántico del *Adeste* se añadía a mi emoción» (citado de M. SÁNCHEZ DE TOCA, «Seducido por la belleza», *Alfa&Omega*, 9 de junio de 2005 [edición digital]).

<sup>11</sup> En cualquier relato de vocación se resumen los aspectos más específicos de toda la existencia de un personaje bíblico. Los relatos más conocidos y populares son los de las vocaciones de Abrahán (Gén 12,1-9; 15,1-21; 17,1-

En estos relatos, la vivencia vocacional suele estar presentada como una experiencia que se produce en un momento concreto, se explicita en una respuesta radical y ya no admite altibajos. De todos estos textos resulta un esquema literario cuyos componentes quedan muy bien definidos:

1. Una **introducción** describe las circunstancias de la situación.
2. Sigue una **teofanía** o manifestación de Dios, que es quien toma la iniciativa en la llamada.
3. Se da una **primera respuesta** de disponibilidad por parte de quien ha sido llamado.
4. Dios encarga una **misión**, siempre en una perspectiva de salvación comunitaria.
5. La persona llamada expone algún tipo de **objeción** (miedo, incertidumbre, dudas, debilidad).
6. Dios garantiza su asistencia constante mediante un **signo**.
7. Una **conclusión** cierra el relato vocacional.

Podemos, por otro lado, intentar una pequeña tipología, no exhaustiva, a partir de las llamadas que se narran en la Sagrada Escritura, con el fin de concretar aún más esas tres dimensiones vocacionales a las que se aludía más arriba (profetas, testigos, maestros). Podemos encontrar hasta quince perfiles vocacionales que nos pueden resultar útiles para captar una gran enseñanza y una doble orientación. Una enseñanza vocacional: todo estamos llamados, sea quien sea, sea de la índole y circunstancia que sea. Doble orientación vocacional: cada cual puede elegir el perfil que más se adapte a sus vivencias o cualidades psicológicas o, mejor aún, cada uno puede completar un retrato con los quince trazos, que, de una manera u otra, siempre podrán estar en el vocacionado-bautizado<sup>12</sup>.

### 1. Agricultor, ganadero

La imagen y los trabajos de la agricultura y la ganadería aparecen en la Biblia como las actividades humanas más antiguas. Dos vocacionados emblemáticos que ejercen esta profesión son Eliseo (1 Re 19,19-21) y Amós (Am 7,14-15). En el Nuevo Testamento es famoso el recurso de Jesús a esta imagen para subrayar la necesidad de la perseverancia en el discipulado: *Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios* (Lc 9,62). La imagen del evangelizador como sembrador (cf. Mc 4,1-20) es utilizada por Pablo para explicar la tarea de los ministros en relación con el

---

22), Moisés (Éx 3,1-4,17), Samuel (1 Sam 3,1-20), David (1 Sam 16,1-13), Amós (Am 7,10-17), Isaías (Is 6,1-13), Jeremías (Jer 1,4-19), María (Lc 1,26-38), los primeros discípulos de Jesús (Mt 4,18-22; Jn 1,35-51), Pedro (Lc 5,1-11), los Doce (Mc 3,13-19), Levi/Mateo (Mt 9,9; Mc 2,15-17; Lc 5,29-32), Saulo-Pablo (Hch 9,1-30; Gál 1,13-24). Puede resultar útil recuperar la tipología vocacional en los profetas en cuatro «esquemas descriptivos»: militar, diplomático, político y pedagógico: cf. G. RAVASI, *I profeti* (Ancora, Milán 1998<sup>4</sup>) 17-30. Es asimismo interesante la distinción en la Biblia entre «vocación» y «llamada» que analiza JEAN-LOUIS SKA, «Chiamare ed essere chiamati», *Protestantesimo* 68 (2013) 83-93: en la llamada (como la de Samuel), una voz celestial interpela al sujeto y la respuesta sucede inmediatamente, sin demora; en la vocación, sin embargo, asistimos a un diálogo entre la voz divina y la persona llamada, una conversación en la que la objeción se convierte en el pernio de todo el relato.

<sup>12</sup> Cf. G. DE VIRGILIO, *La vocazione nella Bibbia* (Queriniana, Brescia 2022) 62-141; cf. también, de manera más integral y completa, G. DE VIRGILIO (A CURA DI), *Dizionario biblico della vocazione* (Rogate, Roma 2007).

crecimiento de la comunidad: *Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer; de modo que, ni el que planta es nada, ni tampoco el que riega; sino Dios, que hace crecer. El que planta y el que riega son una misma cosa, si bien cada uno recibirá el salario según lo que haya trabajado. Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios* (1 Cor 3,6-9).

Esta imagen del vocacionado como agricultor-sembrador nos ofrece la dimensión de dinamismo hacendoso, como quien se ocupa de la tierra y la actividad agrícola. Y así, la llamada que Dios lanza al ser humano es como una semilla que cae en el terreno del corazón y que tiene necesidad de hacer nacer la vida en un terreno acogedor y capaz de dar fruto.

## 2. Constructor

Construir fue desde siempre un deseo natural del ser humano. La actividad de la construcción expresa la afanosa solicitud de la persona y del grupo social, calificando su identidad artística, cultural y religiosa. Ente los personajes llamados por el Señor para edificar están Abrahán (Gén 12,2.7), Jacob (Gén 28,18-19), David y Salomón (1 Re 5-6), Jeremías (Jer 1,10), Ageo y Zacarías (Ag 1,8; Zac 6,13). La figura está bastante desarrollada en el Nuevo Testamento: Jesús contrapone las dos casas edificadas por el hombre prudente y por el hombre necio (Mt 7,24-27); el mismo Señor edificará firmemente su Iglesia sobre piedra (Mt 16,16-18). Pablo utiliza la imagen de la construcción para referirse a los creyentes corintios como *edificio de Dios* (1 Cor 3,9), *morada de Dios* (Ef 2,22), y a la Iglesia como *casa de Dios* (1 Tim 3,15).

La imagen del constructor alude a la capacidad de hacer proyectar, construir los cimientos y llevar a cumplimiento la construcción con precisión y fidelidad al proyecto inicial. La dimensión sinodal de esta imagen sitúa la llamada de Dios en el dinamismo de la comunidad, donde cada uno contribuye a edificar la casa común, desarrollando íntegramente la propia vocación-misión.

## 3. Juez

La institución de los jueces bíblicos tiene su punto de partida en su constitución por parte de Moisés, tras consultar con su suegro Jetró (Éx 18,13-26; cf. Núm 11,16-17; Dt 1,9-18). Se combinan en la personalidad del juez bíblico dos aspectos relevantes: la capacidad de discernimiento de las situaciones del pueblo y la colaboración con la autoridad de Moisés en la misión que Dios le ha confiado. Entre los jueces bíblicos destaca la figura de Débora (Jue 4-5). Jesús enseña una «nueva justicia» (Mt 5,20) y proclama bienaventurados a los que tienen hambre y sed de ella y son perseguidos por su causa (5,6.10). El discípulo, que comparte la misión del Evangelio, deberá abrir su corazón a la justicia y caminar en la rectitud, sin pretender juzgar a los otros (7,1-5).

La imagen del juez define el dinamismo vocacional en una doble perspectiva. La primera está representada por el discernimiento acerca de la llamada personal. La segunda hace referencia al ministerio del servicio al prójimo que implica la capacidad de interpretar los signos de los tiempos, de comprender la historia personal y comunitaria, de sostener el camino vocacional de quienes le son confiados.

#### 4. Sanador, médico

Es una convicción generalizada en la Biblia: la curación es obra de Dios, y de Jesucristo, que conceden el poder de curar las dolencias del pueblo a sus siervos, a sus discípulos. Por esa razón, el binomio enfermedad-curación ofrece en ocasiones vinculaciones con el ejercicio del ministerio del culto. El médico por excelencia del Antiguo Testamento es el ángel Rafael, protagonista del libro de Tobías. La misión de Jesús está caracterizada por esta dimensión taumatúrgica y curativa de los necesitados y los más pobres: como el Siervo sufriente, *él tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades* (Mt 8,17). El mismo Jesús confiará a sus discípulos el poder de liberar y curar (Mc 6,7-12). Santiago, en su carta, subraya el valor terapéutico y sacramental de la oración y de la unción de los enfermos por parte de los presbíteros (Sant 5,14-15).

La imagen del sanador-médico expresa la función terapéutica de la llamada de Dios y de la misión que de ella deriva. El proceso de conversión interior que implica la respuesta vocacional es, ante todo, un proceso de curación a nivel personal y comunitario. Tal curación se debe declinar después en caminos de curación, de reconciliación, de pacificación del corazón, de forma que a partir de esa experiencia renazcan una nueva persona y una nueva comunidad.

#### 5. Luchador, soldado, guerrero, centinela

Las imágenes bíblicas del luchador, del soldado, del guerrero y del centinela pueden ser tanto de personajes históricos como simbólicos. A veces el propio YHWH es figurado como protector, centinela y guía de su pueblo (Éx 15,3; Jue 6,12; Is 42,13): él es el *Señor de los ejércitos* (1 Sam 1,3). Su asistencia guía al joven David contra Goliat (1 Sam 17,45). La lucha está presente en la experiencia vital de Abrahán (Gén 14,1-24), Jacob (Gén 32,23-32), Débora (Jue 4,4-24); Gedeón (Jue 6,12), Elías (1 Re 18,20-46), Judit (Jdt 11-13). La predicación de Jesús de Nazaret está inspirada en la práctica del amor y de la no violencia (Mt 5,9.38-48). Pero los bautizados sí deben participar en la batalla de los hijos de la luz (1 Tes 5,5). Se emplea la simbología militar para indicar la *lucha espiritual* de los creyentes (Ef 6,11.13-17); 1 Jn 2,14; 4,4; 5,4-5).

Resulta muy sugestiva esta imagen del luchador-soldado-guerrero-centinela. En general, los cuatro perfiles nos brindan la idea de que la llamada que Dios dirige al ser humano implica una respuesta valiente, induce a interpretar las opciones del creyente como una conquista que hay que vivir cada día, superando los obstáculos y luchando contra todo falseamiento o instrumentalización de la voluntad divina.

#### 6. Maestro, educador

Otra importante figura bíblica, típica sobre todo de la literatura didáctico-sapiencial. La figura del maestro es atribuida en primer lugar a Dios, que a lo largo de la historia «educa» a su pueblo, le da su ley y guía a los creyentes por el camino de la verdad y de la vida. Israel es como un niño de quien cuida YHWH (Os 11,3). Las pruebas del desierto tienen un valor pedagógico (Dt 8,2-6). Jesús es reconocido por antonomasia como el «Maestro» a quien siguen sus «discípulos». La función magisterial está testimoniada en el ámbito de los ministerios de la Iglesia (1 Cor 12,28; Ef 4,1), como don carismático que obra en la comunidad cristiana. Con todo, la Iglesia habrá de tener cuidado de los falsos doctores y maestros (2 Tim 2,17).

La imagen del maestro-educador nos orienta hacia la función pedagógica de la llamada. La respuesta a la voluntad de Dios no solo educa al creyente para conocerse de verdad a sí mismo y conocer la palabra del Señor, sino que lo habilita para proseguir en su misión de enseñar la verdad y orientar la conciencia de los hermanos.

### 7. Mediador, sacerdote

La figura del mediador asume un importante valor cuando es aplicada al Señor o a quien vive la experiencia de Dios. Es el caso de Abrahán, que abre el corazón a Dios en favor de Lot y los justos de Sodoma (Gén 18,17-33). Las tradiciones sobre Moisés también lo presentan como intercesor de Israel ante Dios y como mediador de YHWH hacia su pueblo (Éx 32,30-32; Núm 11,1-30). El ministerio cultural queda confiado a los levitas (Dt 33,8-11). El Nuevo Testamento subraya a Jesucristo como *único mediador* entre Dios y los hombres (1 Tim 2,4-6), como *mediador de la nueva alianza* (Heb 12,24).

La imagen del mediador-sacerdote sugiere la importancia de la escucha y del diálogo que la persona llamada debe aprender a ejercitar consigo mismo y en sus relaciones interpersonales. En Cristo, único mediador de la salvación, la llamada a vivir la misión implica la capacidad de saber construir relaciones, de saber escuchar, dialogar, comprender las necesidades de los otros; entraña también la misión de presentar la realidad humana como ofrenda agradable a la mirada de Dios.

### 8. Padre, madre

Las figuras del padre y de la madre revisten un papel significativo en la reflexión vocacional. Acerca de la figura paterna, la Biblia presenta, evidentemente, el esquema patriarcal tradicional. El padre es el señor de la casa (Gén 18,12). «Padres» son los patriarcas, con Abrahán a la cabeza (cf. Rom 4,1). YHWH es también «padre» de Israel (Éx 4,22; Núm 1,22; Sal 89,17; Os 11,3; Jer 3,19). YHWH-Padre está en el origen de la creación (Is 64,7), de las generaciones humanas (Gén 5; 10), de la monarquía (1 Crón 22,10), de Israel (Is 9,5). Jesús nos desvela la verdadera paternidad de Dios a partir de su condición filial (Lc 2,49): es *Abba* (Mc 14,36; Rom 8,15; Gál 4,6).

La figura materna aparece relacionada con el don de la vida, como Eva, *madre de los que viven* (Gén 3,20); esta función materna será característica en todas las matriarcas. La simbólica de la madre está relacionada con la ternura, las entrañas maternas (Sal 25,6; 116,5) y la Sabiduría divina; con la figura del Mesías (Is 7,14; Miq 5,2) y con la ciudad-madre Jerusalén (2 Sam 20,19; Sal 87,5; Is 2,1-5; 60,1-8). La maternidad está representada en el Nuevo Testamento por la Virgen María y por su respuesta vocacional, declinada en el amor fiel a Dios y a la comunidad cristiana.

La imagen del padre y de la madre revela la dimensión generadora de la llamada divina, cuyo manantial es la paternidad de Dios y cuyo modelo es la filiación de Cristo. En este sentido, la llamada puede contemplarse interiormente como un descubrimiento gradual de la propia misión para suscitar sentimientos familiares y fraternos, madurando así la capacidad de amar con un corazón paterno-materno al prójimo.

### 9. Pastor, guía

La imagen del pastor es muy frecuente en la Biblia, ya sea como ocupación humana que como alegoría de Dios (Sal 23) o de ciertas figuras de autoridad en el pueblo de Israel (jueces, reyes, jefes militares, sumos sacerdotes). De ahí que la terminología pasto-

ril sea usada para definir las relaciones entre YHWH y su pueblo. Jesús se autodenomina *Buen Pastor que da su vida por las ovejas* (Jn 10,1-18.26-29) y que ha venido para reunir a las ovejas dispersas de la casa de Israel (Mc 6,34; Mt 9,36). Esta tarea pastoral la confiará especialmente a Pedro, que deberá cuidar de la comunidad (Jn 21,15-19). Esta actividad pastoral será una de las imágenes usadas para hablar de los ministros de la Iglesia (Ef 4,11; 1 Pe 5,2-4).

La imagen del pastor-guía alude a la responsabilidad que la llamada de Dios implica en relación con la misión. La persona que vive la experiencia vocacional experimenta la alegría y la fatiga de guiarse a sí mismo y a las personas que le son confiadas en el camino trazado por el Señor. Como el pastor atento, la persona llamada se convierte a su vez en punto de referencia para acompañar y sostener al rebaño en camino del bien y de la vida.

#### 10. Peregrino, caminante

Esta imagen está representada por el creyente que escucha la Palabra, la acoge en el corazón y decide emprender el viaje de su vida, poniéndose en camino hacia el encuentro con Dios (Sal 84,6-7). El pueblo de Israel es descrito como una comunidad «en camino»: es la primera actitud de Abrahán (Gén 12,1-4) e Israel es el pueblo peregrino por excelencia (Dt 26,5). Son muy importantes las tres fiestas anuales de peregrinación (Éx 23,14-17; 34,18-23), recitando los llamados «Salmos de las subidas» (Sal 120-134). En el Nuevo Testamento, destaca sobre todo san Lucas, proponiendo el «Camino» como relectura itinerante de la misión de Jesús y de los cristianos (Hch 9,2). En todo caso, los cristianos estamos en una especie de tercer éxodo: después del de Egipto y del de Babilonia, todos caminamos hacia la Jerusalén celeste (Heb 12,22; Ap 21,2.10).

La imagen del peregrino-caminante asume la condición del *homo viator*, ya sea en su connotación histórico-especial como en la perspectiva ideal de la búsqueda de Dios y de su Reino. En este sentido, la llamada del Señor se convierte en el comienzo de un «éxodo» hacia la tierra prometida. Ponerse en camino, hacer el camino, seguir el camino significa recoger la invitación a afrontar las fatigas y los desafíos de un viaje que conducirá a una meta eterna de plenitud y de santidad.

#### 11. Pescador de hombres

La actividad de la pesca y sus artes también aparecen frecuentemente en la Escritura. La mención de los peces en el agua aparece en referencia al juicio divino (Is 19,8; 50,2; Os 3,4; Ecl 9,12), a las plagas de Egipto (Éx 7,18.21) y al cumplimiento del Día del Señor (Ez 38,20). También aparece un gran pez en el libro de Jonás. En el Nuevo Testamento, el lago de Galilea aparece como un gran escenario de la actividad de Jesús y de sus primeros colaboradores, pescadores todos ellos: Pedro, Andrés, Santiago y Juan. Los peces aparecerán por todo el evangelio: multiplicados (Mt 14,13-21), cenados (Jn 21,9), pescados de manera extraordinaria (Lc 5,1-11; Jn 21,1-14). La profesión de los pescadores era considerada como bastante tosca y al menos a siete de ellos los llama Jesús para ser *pescadores de hombres* (Mc 1,17): se trata de una misión que debe implicar a los dis-

cíbulos en el dinamismo del Reino, donde la «pesca» será símbolo de reunión, de relación y de invitación a la salvación universal<sup>13</sup>.

La sugestiva imagen del «pescador de hombres» nos ofrece una serie de símbolos que se refieren a la evangelización en perspectiva universal. Si bien la idea de pescar se entiende como captura y muerte de los peces, en el simbolismo cristiano la llamada a convertirse en «pescadores de hombres» cambia totalmente de significado: no se trata ya de una lógica de posesión y violencia, sino de don y de servicio a la vida

## 12. Predicador, profeta, mensajero

Se trata de la actividad de aquellos que han sido llamados por Dios para llevar su Palabra salvadora al pueblo: algo así como el ministerio de la Palabra. Se trata de personajes que tienen experiencia de Dios y de su Palabra, experiencia que se concreta en un encuentro mediante el cual YHWH se revela a la persona y actúa teniendo como fin la vida y la consecución del bien. En el Antiguo Testamento, esta función la desempeñan los profetas (Dt 18,18-22). En el Nuevo Testamento, la predicación del Evangelio es confiada por Jesús a sus apóstoles y a toda la comunidad eclesial (Mt 28,19-20).

La imagen del predicador-profeta-mensajero subraya la primacía de la Palabra de Dios en la misión de quien recibe su llamada. En este sentido es fundamental la capacidad de escuchar la Palabra, la prontitud para responder a la llamada y para conformar la propia vida según el anuncio que caracteriza la misión del profeta. La primacía de la palabra de Dios implica un profundo proceso de interiorización y de integración entre Evangelio y vida.

## 13. Siervo, servidor

Muy a menudo, la imagen de «siervo» define la identidad de la persona que recibe una misión de Dios. En la esfera política, el servicio es aplicado a la figura del rey y del responsable del gobierno (2 Sam 7,4). En el ámbito cultural, el servicio consiste en la custodia de la alianza y en el ejercicio ritual del culto a YHWH. Sin duda, el siervo bíblico más importante es el «Siervo sufriente del Señor» (cf. Is 42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12): se trata de una persona que tiene la misión de guiar a su pueblo; pero tiene una misión sobre todo espiritual, que consiste en dar a conocer a YHWH a todos los pueblos; será una misión caracterizada por la humillación, el sufrimiento y la muerte violenta que el inocente siervo sufrirá por los pecados de otros; pero esos grandes dolores serán premiados con la justificación de los hombres y su reconciliación con Dios. El Nuevo Testamento identifica este siervo con Jesús, que *vino a servir* (Mc 10,45). Acoger su invitación al discipulado significará salir del anonimato de la muchedumbre y entrar en relación espiritual totalizadora con el Cristo-Siervo.

El motivo del servicio es un aspecto esencial de la teología de la vocación e implica un discernimiento profundo cuyo resultado es vital para el crecimiento de la comunidad eclesial y para la evangelización. La imagen del siervo está muy vinculada a la naturaleza de la llamada del Señor, por tanto. Pide corresponder a un proyecto salvador del cual solo Dios es protagonista. Entrar en ese proyecto significa ponerse al servicio de la voluntad divina, con total disponibilidad y deseo de colaboración. En la perspectiva cris-

<sup>13</sup> Es lo que trata de indicar el cambio que hace Lc 5,10 con su expresión ἀνθρώπους ἔση ζωγρῶν (*serás pescador-no-mortal de hombres*), mientras que Mt 4,19 (ποιήσω ὑμᾶς ἀλιεῖς ἀνθρώπων) y Mc 1,17 (ποιήσω ὑμᾶς γενέσθαι ἀλιεῖς ἀνθρώπων) hablan sencillamente de *pescadores de hombres*.

tológica del Siervo sufriente de YHWH, la llamada de Dios transforma la condición del siervo en relación de fraternidad y de amistad.

#### 14. Esposo, esposa

El simbolismo nupcial atraviesa toda la Biblia, desde la primera página hasta la última, sobre todo en la literatura profética y sapiencial. Dios mismo se define como «esposo» (Is 54,5; Os 1-3) para expresar simbólicamente su amor por toda criatura y especialmente por su pueblo. La imagen nupcial será la preferida para delinear los detalles de la alianza entre Dios y su pueblo. En el Nuevo Testamento, también Jesús se autodesigna como «novio-esposo» (Mt 9,15; Mc 2,19-20; Lc 5,33-35), y esa es la idea que mantiene Pablo: Jesús, esposo de la Iglesia (Ef 5,25-27). En el Apocalipsis, la Iglesia es presentada por una parte como la comunidad-esposa del Cordero (Ap 22,17).

La imagen del esposo y la esposa sugiere una dimensión nupcial de la llamada, con toda la riqueza del mundo somático-afectivo que tal dimensión comporta. La persona que recibe la llamada de Dios experimenta en su corazón un abrasador movimiento interior de amor oblativo y una necesidad de comunión y de armonía. En este sentido, la llamada se traduce en una relación sponsal, una experiencia de amor única e irrepetible, que comporta un dinamismo contemplativo unitivo.

#### 15. Testigo

Dar testimonio supone atestiguar la veracidad acerca de una realidad o un hecho acontecido y del cual la persona ha sido partícipe. Los testigos pueden tener una función social en relación a hechos penados (Lev 5,1) o una función jurídica sobre la violación de un acuerdo (Éx 24,1-11). Está también el sentido religioso: se trata de dar testimonio de la alianza sináutica, de la cual el primer testimonio son las propias tablas de la ley (Éx 31,18). Será una de las misiones fundamentales de los profetas. Jesús de Nazaret da testimonio al Padre y de él recibe testimonio (Jn 3,11.31-34; 8,12-18). Ante Pilato se presenta como *testigo de la verdad* (Jn 18,37).

La imagen del testigo considera la llamada de Dios en la línea de la credibilidad y de la autenticidad de la Palabra. Quien ha recibido la llamada es consciente de que su misión no se lleva a cabo solo con la comunicación verbal, sino con el testimonio existencial. En este sentido, la autenticidad del testimonio constituye un elemento básico y provee la necesaria credibilidad para interpretar con fruto el mandato vocacional.